

Páginas Escolares

REVISTA DE LOS ANTIGUOS Y ACTUALES ALUMNOS DEL COLEGIO DE LA INMACULADA

Año XXI.—2.^a Época.—Núm. 43.—Abril 1924

Suscripción 6 ptas. anuales.—Núm. suelto 0,50.—Con licencia eclesiástica.—Gijón, Apartado, 32

BOLETIN DE LA A. A. A.

Los ejercicios en Celorio

La próxima tanda empezará el domingo de Ramos, 13 de abril, para terminar el sábado Santo. A cuantos antiguos alumnos quieran formar parte de ella, les rogamos envíen sus nombres al Colegio, y les suplicamos inviten a sus amigos aunque no sean antiguos alumnos, a pasar estos días en aquel apacible rincón dedicados a pensar en los grandes problemas de la salvación del alma.

Benito Acebal y Suárez del Villar

Sin tiempo en el último número (pues llegó la noticia a última hora) para dedicar un recuerdo a la memoria de este malogrado exalumno, le recordamos hoy de nuevo, publicando su retrato y dando algunas fechas de su vida y cristiana muerte.

A los 8 años entró como alumno medio-pensionista en este Colegio y en él siguió durante 8 cursos, hasta hacerse bachiller en junio de 1920; distinguiéndose siempre por su aplicación, y los muchos premios conseguidos en los certámenes. Llegada la hora de elegir carrera, optó por la de ingeniero industrial, yendo a Deusto a prepararse para el ingreso en la escuela de ingenieros. En Deusto como en Gijón se puso pronto a la cabeza de la clase, observando también en todo una conducta intachable.

Pero cuando más entusiasmado se hallaba con sus estudios, se empezaron a notar síntomas de la terrible enfermedad que por dos años le aquejó, obligándole a volver al lado de sus padres. Pasó el invierno del 22 al 23 en Fuenfría, (Cercedilla), sin experimentar alivio. Una pulmonía contraída el 24 de febrero, después de varios días de gravedad, le produjo la muerte.

Después de rezar el rosario y las letanías pidió le trajeran un crucifijo; le tomó en sus débiles manos, pero éstas no tuvieron sufi-



D. Benito Acebal. Su retrato a los 13 años. †

ciente fuerza para sostenerle; pidió entonces se le pusieran delante de sí, fijó en él sus ojos con amor ardiente por espacio de hora y media, hasta que la vida se le fué poco a poco, entre los brazos de sus desconsolados padres, a quienes él mismo consolaba.

PÁGINAS ESCOLARES repite el más sentido pésame a sus padres D. Benito Acebal, también antiguo alumno de este Colegio, y doña María Suárez del Villar, que con cristiana resignación sufren tan dolorosa pérdida.

DIARIO DEL COLEGIO

Febrero, 24.—Por la tarde partido de campeonato entre 2.^a y pequeños de la 3.^a, venciendo ésta por 4 a 2, a pesar de su gran defensa, Fuente-Leguina. Por los vencedores se distinguió Soto en los medios, y la delantera Jaureguizar, Vega, Nespral D, que jugó muy bien todo el partido.

28.—A las siete la 7.^a reunión de la academia científica, en la que el Sr. Vallaure demostró sus conocimientos cinematográficos; el P. Director al fin hizo presente el sentimiento de la academia por la muerte del antiguo académico D. Benito Acebal.

Marzo, 1.—Amanecemos con caras de carnaval, y algún medio p. intenta quedarse en casa atacado por la *maulitis*, con vistas a la calle Corrida; pero para honor suyo no pasó de intento. De ellos hay quien durante la cena hace compañía a los internos participando como visitante del comfortable potaje y no menos comfortable varucho del Inspector de comedor.

Los discípulos de Santa Cecilia, ciudadanos de la república libre, a juzgar por sus gorras encarnadas, aumentan en obsequio del público su ya abundante repertorio con nuevas piezas; por eso no pierden un minuto en dar viento a sus instrumentos; solo el Sr. Miranda está de vago, pues su bombo, a causa de una congestión bombinal yace deshinchado en el vetusto estante. Mas no hay que afligirse, que para mañana estará bueno gracias a la habilidad del Sr. Mohina, el gran sabio que con tan portentosos inventos va admirando al siglo XX; él discurrió que al bombo le hacía falta una bomba que le llenara de viento, y el renombrado bombista Periquín podrá de nuevo ganarse los laureles que ya conquistó con su instrumento en los célebres concursos de Fabonia, Potagia y Garbanzoni.

2, carnaval.—Pasada la época anual—con rapidez inaudita—viene a hacernos su visita—el festivo carnaval.

Por estar en carnaval, tiempo de fiesta y de broma, me he decidido a poner el diario en verso y prosa; porque, señores, no es justo ni cosa que mucho honra el hacer siempre lo mismo pudiendo hacer otra cosa; pero por ser la primera vez que a hacer versos me ponga,

les suplico me dispensen los ripios y cacofonias; pero dejemos los versos y volvamos a la prosa.

El 2 de marzo, domingo de carnaval toca vacación por noventa y nueve razones, por tanto no tenemos simple vacación, sino que por la tarde, después de la fiesta de desagravios al Señor, vamos a la sesión de cine, que dura hasta las nueve y cuarto. Durante ella el señor Hulton-Cuqui, haciendo el indio, digo el chino, andaba vendiendo papeletas para la rifa de misiones del martes; y a fe mía que se pintaba solo, pues se las ofrecía a todo bicho viviente, incluso a una señora rubicunda y obesa que se disculpaba con que los objetos de la rifa, bicicleta y balón no eran para señoras y menos para ella. Tanto insistió el Sr. Hulton-Cuqui, que la hubieron de convencer que no había para ella deporte más higiénico que el del ciclismo y el fútbol, y hubo de comprar una papeleta por si la tocaba. ¡Lo que hace la elocuencia!

4, martes de carnaval.—Amanece un día espléndido y reina gran expectación por el encuentro entre las temibles rivales, 1.^a y 3.^a; éste se tuvo por la mañana y quedó vencedora la 3.^a por 3 a 2. Jugadores los consabidos, que ocuparon sus respectivos puestos. Por los internos, Lambarri M. es buen portero, para mucho, pero a veces le meten goles tontos y retiene demasiado el balón. Se desanima pronto. En los medios Arias, aunque no brilla como el año pasado cuando tenía compañeros dignos de él, pero sigue distinguiéndose por la manera de cortar juego a cabeza. Dimas como siempre y Prudencio codicioso. En la delantera Lambarri B. es peligroso. Los delanteros desentrenados y desavenidos hacen lo que les viene a mano, mejor dicho, al pie; si siguen así no auguramos para la 1.^a nada bueno.

En el equipo de la 3.^a Iriarte tuvo quizá la mejor tarde de su vida futbolística; jugó con valentía, ciencia, seguridad y elegancia. En la defensa Junquera bien y con serenidad; Cobián seguro y magnífica colocación. Luis trabajador, ayudando mucho; Hulton sirve para todos los puestos y cada día juega más. Figar colosal, cortando juego toda la tarde y a él se debió en gran parte la victoria; juega algo sucio. Carlos de delantero regular; depende de que la acierte. Foyaca trabaja con ciencia y regularidad; en un encuentro con Arias temimos por sus dos brazos; gracias a que es prudente. Forma con S. del Villar los dos mejores delanteros de la 3.^a. Este último se distinguió por

sus elegantes driblins, que desconciertan, y empalmó varios chuts que fueron rozando el larguero; si los tira más bajos, mal rato para M. Lambarri. Modesto y Casiano cumplieron. El encuentro fue arbitrado con acierto por Severino Cadavieco a quien damos la enhorabuena, pues deja contentos a vencedores y vencidos.

Por la noche conferencia de misiones, en la que el P. Santa Anna nos entretiene con hermosas vistas y anima a que ayudemos a nuestros hermanos, que mueren en las tinieblas del paganismo, o son pervertidos por las sectas protestantes, que con furia endemoniada quieren hacer entre los gentiles adeptos que imiten las virtudes de Lutero y compañía.

Al fin de la conferencia el Sr. Hulton con el consabido traje de indio o chino, se puso a cantar, digo a vocear los números premiados. Nuestra felicitación al Sr. Paulino, y que la use por muchos años (¡la bici). Hubo un pequeño desliz, y fué que el rapaz de la portería, es decir el portero, creyó que el balón le había tocado a él, y cuando le iba a coger, resultó que el balón en vez de entrar por la portería se fué a corner, y ahora está en los dominios de la congregación; el portero en vez de alegrarse por el corner, dice que hubiera preferido que fuera gol.

5. Miércoles de ceniza.—Memento homo... Acuérdate, Cancienes, que polvo eres y que en polvo te convertirás. Por la tarde clase y alguna tímida excursión a la enfermería, pues está visto que las clases traen las enfermedades que desaparecen los días de vacación. Pero el H. Gracia la tiene y mucha para echar abajo a los maulistas; no se le cuele uno para un remedio.

7. Santo Tomás de Aquino.—Bendito santo; me sospecho que nos quitó la vacación libre. Celebramos con comunión general su fiesta en San Lorenzo, como socios de la Asociación de estudiantes católicos. En ella el P. Elorriaga nos habló sobre los peligros de la juventud, y nos explicó que el porvenir de la sociedad está en nuestras manos, pues somos los futuros hombres.

En el Centro de Cabrales celebró por la tarde la misma asociación una velada, a la que asistimos también los mayores del Colegio; resultó brillante, y terminó con un elocuente discurso del distinguido profesor del Instituto Jovellanos, D. Vicente Francia, que fué muy aplaudido.

9. Por la tarde emocionante partido de fútbol entre 1.^a y 3.^a ésta con la habilidad de

suprimir el guardameta. Es decir, su portero se estrenó ese día, por lo cual nada extraño que el balón se entrara por la portería ocho veces, es decir todas las que el quiso colarse. Conocía la portería mejor que el portero. El encuentro no era de campeonato, sino amistoso, por lo que los vencedores que se ganaron los caramelos, convidaron con mucha galantería a los vencidos. Entre el distinguido público que presenciaba el partido se encontraba el notable juez de línea de esta localidad, D. Valentín González.

El directorio parece que vacila en el poder y da señales de decadencia, a la vez que el Rey sube a primer jefe de estado en la 1.^a división; pero con la retirada del directorio que fué el lunes, cae también el rey, que entrega los poderes al P. Solano. ¡Consecuencias de un flemón!

Tuvimos el gusto de saludar a los PP. Incio y Solano que volvieron otra vez al Colegio; a la vez que sentimos que el P. Prefecto haya tenido que operarse para que le deje en paz el trigémimo, que tanta lata le daba.

Los músicos no dan reposo a sus ensayos; hablo de los de la banda. Ellos son los que más contribuyen al realce de las fiestas; ni la cabalgata del 5 de febrero, ni la procesión del martes de carnaval, ni siquiera las sesiones del salón de actos serían entretenidas y vistosas sin los acordes de la banda. Tienen además el mérito de que para ensayar tanta variedad de piezas nunca pierden un minuto de estudio; los recreos de la tarde son los que la pagan, y nos tememos que poco a poco y por falta de ejercicio van a perder y cambiar el uso del hablar y jugar por el uso del soplar y tocar; excepción hecha del señor del bombo. Bien merecida tienen una excursioncita a Candás o algo más lejos.

13. Por la tarde el 5.^o partido de campeonato entre 1.^a y 3.^a; el partido se desarrolló con bastante emoción, y la línea de medios de la 3.^a llevó por su bando el peso del partido; la delantera jugó con cohesión y habilidad, terminando con resultado favorable a la 3.^a, 5 a 3. Por la 1.^a se distinguieron Dimas, Arias y Cabuérniga B. Pero su delantera anda dividida. El árbitro como de costumbre lo hizo con competencia e imparcialidad.

16. Después del ejercicio del Via-crucis los alumnos de historia natural nos dan una entretenida sesión con proyecciones sobre los insectos, que aparecían en la pantalla vivitos y pataleando. Quiero decir que tan al vivo representaban los insectos su papel en la proyección, que en el trabajo del Sr. Escalera «ins-

tinto de conservación del individuo», 6 animalitos que metieron entre los cristales, al darles el calor del foco para proyectarlos, revivieron, y se fueron escabullendo de su encierro merced al instinto de conservación.

El acto fué un éxito, y a todos ellos y a los que manejaban los aparatos de proyección, o desde atrás nos dejaban a oscuras al mejor tiempo, les damos la más completa enhorabuena.

19. San José.--Catálogo en mano me pongo a tomar lista de los que se llaman José, para felicitarlos, y veo que es cosa imposible. Llevan ese nombre 52 colegiales. La 2.^a división celebra como todos los años la consagración al Santo ante un altar improvisado, que con la estatua de San José hace el Sr. Miranda en el estudio. Varias poesías y cánticos completan la fiestecita.

El cronista.

Un nido de pájaros

Ricardo Gilver era general de un ejército de los Condes de Barcelona. En verano cuando estaba fuera de servicio salía de la ciudad e iba a pasarlo en lo más hermoso de sus posesiones. Uno de los años en que iba a veranear quiso llevar a sus hijos, Pedro y Joaquín, los cuales al saber la determinación de su padre se pusieron muy contentos. Hicieron el viaje con toda felicidad, y cuando llegaron a la quinta no pudieron menos de asombrarse al ver cuán hermoso era aquello hasta entonces desconocido por ellos.

Un día en que salieron por los alrededores de la quinta, se sentó Ricardo al pie de un árbol y Pedro y Joaquín se fueron a ver los nidos de pájaros. A la vuelta, cuando sus hijos estaban junto a él, les dijo su padre: «supongo que os gustan mucho los nidos de los pájaros»:—«Mucho... mucho...» —respondieron los dos niños; y ahora cuéntanos alguna historia de pájaros que nos gusta mucho.

Una vez cierto pastorcillo andaba pastoreando sus rebaños, cuando de improviso se le presentó un joven muy bien vestido, que no era otro que el príncipe heredero. Al principio el pastor se quedó asombrado, pero luego, cuando hubo recobrado el aliento, dijo: «¿Qué queréis aquí, Señor, que tan afanoso venís por estos parajes deshabitados? —Vengo a ver si hay por aquí nidos de pájaros.—¿Cómo no los va a haber? ¿no

oyes sus chillidos, cómo gritan alegres y contentos?»

—Pues si los hay, enséñame uno de esos nidos.

—Yo, dijo el pastor, no sé dónde los hay; nada más conozco uno que me enseñó mi amigo Angel, un pastor lo mismo que yo, y además ese conoce otros muchos nidos, pero no me los quiere decir.

—Pues enséñame siquiera ese, dijo el joven, porque me gustan mucho los nidos.

—Ricardo, que así se llamaba el pastor, dijo: «Me es imposible enseñártelo, pues, si te lo dijera me reñiría mi amigo Angel.

En esto, cuando estaban hablando apareció el ayo del conde, que era un sacerdote, y dijo al pastor: «Por Dios te pido que le enseñes el nido; y llamándole aparte le dijo además: mira que ese joven es el príncipe heredero, y si no lo haces, te mandará azotar.

—Bien, contestó el pastor, como quiero agradarle, pero además no puedo faltar al amigo, le pediré permiso para poder decirlo.

Al día siguiente se presentó el pastor en el palacio para decir al príncipe que podía ir con él a ver el nido. Los dos salieron para allá, pero al llegar a él, vieron seis huevos blancos como la nieve. Entonces el conde le dijo: «En premio te mandaré a estudiar para que seas algo:» pero el pastor le contestó: «Señor, no puede ser, porque mi padre no tiene dinero ni para mandarme a la escuela».

—«Todo se puede arreglar, dijo el conde, y los gastos corren de mi cuenta».

Al cabo de cinco años, Ricardo acabó sus estudios, y el príncipe, que ya había heredado la corona, por muerte de su padre, llamó al pastor que ya sabía mucho, y le dijo: «Desde hoy quedas nombrado mi general».

Al llegar con su narración aquí D. Ricardo empezó a llorar y dijo a sus hijos: este pastor era yo y el actual conde de Cataluña es mi bienhechor. Ahora, hijos míos, veis cómo también los niños han de saber guardar el secreto y ser fieles cuando la buena amistad lo pide. Los jóvenes que saben cumplir con sus deberes siempre alcanzan lo que desean.

Después que murió su padre, Pedro y Joaquín eran unos grandes hombres tan honrados y virtuosos como lo había sido su padre. Pedro le sustituyó en el cargo de general, y Joaquín fue consejero de los condes de Cataluña.

Juan Corominas, 1.º de bach.

SECCIÓN LITERARIA

ATILA

Novela inspirada en la vida del Colegio

(Continúa)

Despidióse de mi Rodríguez y quedé sumido en hondas preocupaciones. La noche la pasé muy mal, y muy mal pasé también unos cuantos días, que no supe los que fueron, pues durante ellos perdí la noción del tiempo.

El P. Rector y el P. Prefecto venían con mucha frecuencia a visitarme. También Hermógenes pasó dos o tres veces por mi camarilla y me alentó con palabras cariñosas, poniéndome a la cabeza de la cama una estampa de San José y una reliquia de San Ignacio de Loyola.

Un delirio fuerte se apoderó de mí. La ría de Villaclara se me presentaba con toda su esplendor. Sus escolleras, sus contornos, sus aguas serenas y cristalinas, su brisa fresca y juguetona, sus aves marinas: todo, todo ello daba vueltas allá en mi pobre cabeza. Había ido a solearme con unos amigos y vino una ola muy grande y me caí al agua. Mis compañeros se apresuraban a sacarme a tierra; pero yo no quería; me encontraba muy a gusto. Luego divisé una ballena que venía hacia mí en ademán de tragarme. Entonces pedí auxilio dando grandes voces. Al oírlas, el Hermano enfermero corrió a mi habitación, me llamó y me preguntó que qué tenía.

Yo no le contesté y seguía luchando con la ballena.

—¡Pero si aquí no hay ninguna ballena, Canseco! Tranquilizaté prorrumpía el Hermano.

Pero la ballena me clavaba un pincho en un costado... y yo me ahogaba. No tardé sin embargo en ver a Rodríguez, a Atila y a Mariano que andaban en una lancha por la ría; se echaron al agua en mi auxilio y entre todos matamos el cetáceo. Salimos después a la orilla y nos sentamos en la playa. Atila me ofreció un pitillo. Yo no quería fumarlo; pero Atila se empeñó en que diera algunas chupadas y a la primera que dí me acometió un fuerte acceso de tos.

Al oírla el Hermano acudió de nuevo en mi auxilio. Yo exclamé:

—¡El humo de este maldito cigarro me produce fuerte picazón en la garganta!

—Pero, Canseco ¿que es eso, chico... si aquí no hay ningún cigarro ni hay humo de ninguna clase?—replicó el Hermano.

El 18 de marzo pasó para mí inadvertido. En la noche de aquel día, mi vida estuvo en peligro.

En el altar de San José ardían continuamente

dos velas. En algunos instantes de semilucidez miraba al altar del Santo. El Hermano no se separó de mí un instante aquella noche.

El 19 de marzo dió vuelta mi enfermedad; mi cabeza había despejado, mi respiración era más fácil, el calor había casi desaparecido. Ya me hacía cargo de todo.

El Hermano me examinó y dijo que ya estaba fuera de peligro; renació en mi la tranquilidad. El médico confirmó mi gran mejoría.

A los pocos días se permitió a mis compañeros de Villaclara que viniesen a visitarme. Atila me entretuvo contándome incidentes del cuento del Tío Pepe. Mariano me dijo que llevaba ya diecisiete meriendas perdidas y que estaba muy aburrido y tenía ganas de padecer una pulmonía para que le trajesen a la enfermería y le dejasen comer como él quería. Hermógenes atribuyó a San José mi curación. Rodríguez me aseguró que ya se sabía todas las partes de la oración, como el Padrenuestro.

No tardé en levantarme y muy pronto me repuse.

¡Edad y tiempos felices aquellos en los que con el alma sana y el corazón puro se soportan con serenidad los trances más críticos de la vida y se llega hasta los umbrales de la muerte sin temores ni remordimientos...

VII

LA ALEGRÍA DEL VIVIR

La primavera estaba ya en toda su pujanza y esplendor. Se aproximaban los últimos días de curso y en las clases se apretaban las clavijas de lo lindo. El P. Valdenegro estaba contento de nosotros y todos manejábamos ya la Gramática y las oraciones que era una bendición.

El P. Garzón había ya suprimido el cuento del Tío Pepe para no restar tiempo al estudio. Los días se pasaban con rapidez y alegría. No tardaríamos en volver a Villaclara.

Un día, a principios de Mayo, estando en el estudio de la mañana y cuando menos lo esperábamos, entró el P. Prefecto en el salón y, sin más, exclamó en voz alta: «¡Día de campo!».

No encuentro frases para ponderar nuestra emoción y regocijo. Los «bravos», los «vivas» y los «hurras» resonaron profusa y estruendosamente.

Mariano, que en aquel momento estudiaba los pretéritos y supinos, tiró al alto la Gramática, yendo ésta a caer encima de la cabeza de uno de sus compañeros. Rodríguez se puso en pié encima del asiento y levantando los brazos en alto dió vivas al P. Prefecto, al P. Rector, al P. Arachendia... y hasta al Rey y al Papa.

Se cerraron los libros y los pupitres con estrépito. La alegría se reflejaba en todos los semblantes.

Salimos inmediatamente del estudio a tomar el desayuno.

El día estaba hermoso. Un cielo azul purísimo se extendía sobre la planicie del paisaje una brisa suave, mecía con dulce vaivén las copas de los álamos que vegetaban en las riberas del Carrión, revestidos ya de nuevo follaje. La cigüeña rauda y majestuosa surcaba el espacio, describiendo espirales y curvas caprichosas, yendo a posarse sobre la torre de la iglesia, desde la cual, apoyada sobre una de las patas, contemplaba la campiña, para lanzarse de nuevo a los aires y cruzarlos en distintas direcciones.

Comenzaba ya el Sol a calentar. A las nueve y media de la mañana se formaron las ternas, y a cada uno de los alumnos se le hizo entrega de un par de huevos cocidos y un pedazo de pan.

¡Qué alegría en aquellos momentos!

No participaban sin embargo del regocijo aquel todos los colegiales. Cuando estábamos ya prontos a partir y cuando las tres divisiones, formadas en ternas, esperaban en el patio de la tercera la orden de «marchar», se acercó el P. Prefecto y dirigiéndose a la «segunda» habló unas palabras en voz baja con el P. inspector de la misma y al poco tiempo vimos que nuestro compañero Atila se destacaba del grupo de sus camaradas, triste y mohino. No tardó en saberse que Atila se quedaba castigado por haber llamado a Rodríguez «Sarasa» y por haberle además propinado un fuerte puñetazo en las narices, de cuya agresión conservaba Pío todavía las señales.

Con Atila se quedaba también castigado otro, alumno de la «tercera», que había levantado un falso testimonio a Siriaco.

Los dos penados fueron trasladados a un rincón del patio, en espera de órdenes. Nos daba gran lástima de ellos.

Siriaco entre tanto continuaba en su faena de repartir huevos cocidos y pedazos de pan. El P. Rector y el P. Prefecto presenciaban la operación desde el centro del patio.

Al terminar Siriaco su labor y cuando pasaba con el cesto ya vacío por junto a nuestra división, vimos que Rodríguez, algo pálido y nervioso cruzaba unas palabras con Siriaco y oímos que aquél decía a éste:

—Bueno; ahora mismo, pues. Antes que salgan.

—¿Vamos?—dijo Rodríguez.

—Díselo antes al P. Inspector—agregó Siriaco.

Rodríguez inmediatamente se dirigió al Padre Arachendía y le preguntó si le dejaba ir a decir una cosa al P. Rector.

—¡Vaya usted volando, canastos, que ya es tarde!—contestó el Padre.

Rodríguez se destacó del grupo, siguiéndole Siriaco con el cesto vacío en la mano. Llegaron

ambos al centro del patio y se descubrieron ante el P. Rector, y Rodríguez, avanzando unos pasos, exclamó:

—Padre: Siriaco y yo venimos a pedir perdón para esos dos compañeros que se quedan castigados. Atila lo está por haberme llamado «Sarasa» y por haberme dado un puñetazo aquí [señalando a las narices], y el otro compañero se queda, por lo visto castigado por haber levantado un falso testimonio a éste (apuntando a Siriaco). Los dos pedimos perdón para ellos; que los suelten y que vengan con nosotros.

Siriaco movía la cabeza en señal de conformidad y de asentimiento y agregaba:

—¡Perdónelos, Padre, porque no saber lo que hasen, pues!

El P. Rector se vió hondamente impresionado por aquel rasgo de nobleza y de magnanimidad. Vaciló un momento; pero aquel arranque de Rodríguez y aquella demostración de grandeza de ánimo hicieron decidir la balanza hacia el perdón.

¡—Quedan perdonados!—exclamó el P. Rector; y levantando más la voz y dirigiéndose a los arrestados les dijo: Vengan ustedes acá, caballeros.

Atila y su compañero de castigo se acercaron con la cabeza baja y algo llorosos al P. Rector.

Este esforzó la voz cuanto pudo y frente a las tres divisiones, que se disponían ya para salir, exclamó:

—Grande ha sido la falta de estos dos colegiales; pero más grande es la bondad y la nobleza de corazón de los por ellos ofendidos, que vienen a implorar piedad y benevolencia ante mí. ¡Quedan perdonados Atilano Torrente y Fermín Regúlez!

Una salva de aplausos acogió el indulto. Rodríguez fué abrazado efusivamente por sus compañeros de división. A Siriaco no pudimos abrazarle porque había ya desaparecido.

Salimos. Los huevos cocidos y los zoquetes de pan desaparecieron de nuestras manos en un instante.

La excursión fué larga. Llegamos por fin a un hermoso campo en uno de cuyos extremos proporcionaban agradable sombra varios árboles. El río, allí bastante hondo, lamía los contornos de aquella extensa pradera. Al lado de allá del río se hallaba un molino harinero al que se pasaba por un estrecho puente formado por un par de tablones.

Pasamos la mañana en juegos de diversa índole y no tardó en llegar la hora de la comida, cuyo menú, si no recuerdo mal, fué el siguiente: paella, tortilla de jamón, escabeche, orejones y galletas; todo ello rociado con una prudente cantidad de vino.

(Continuará)

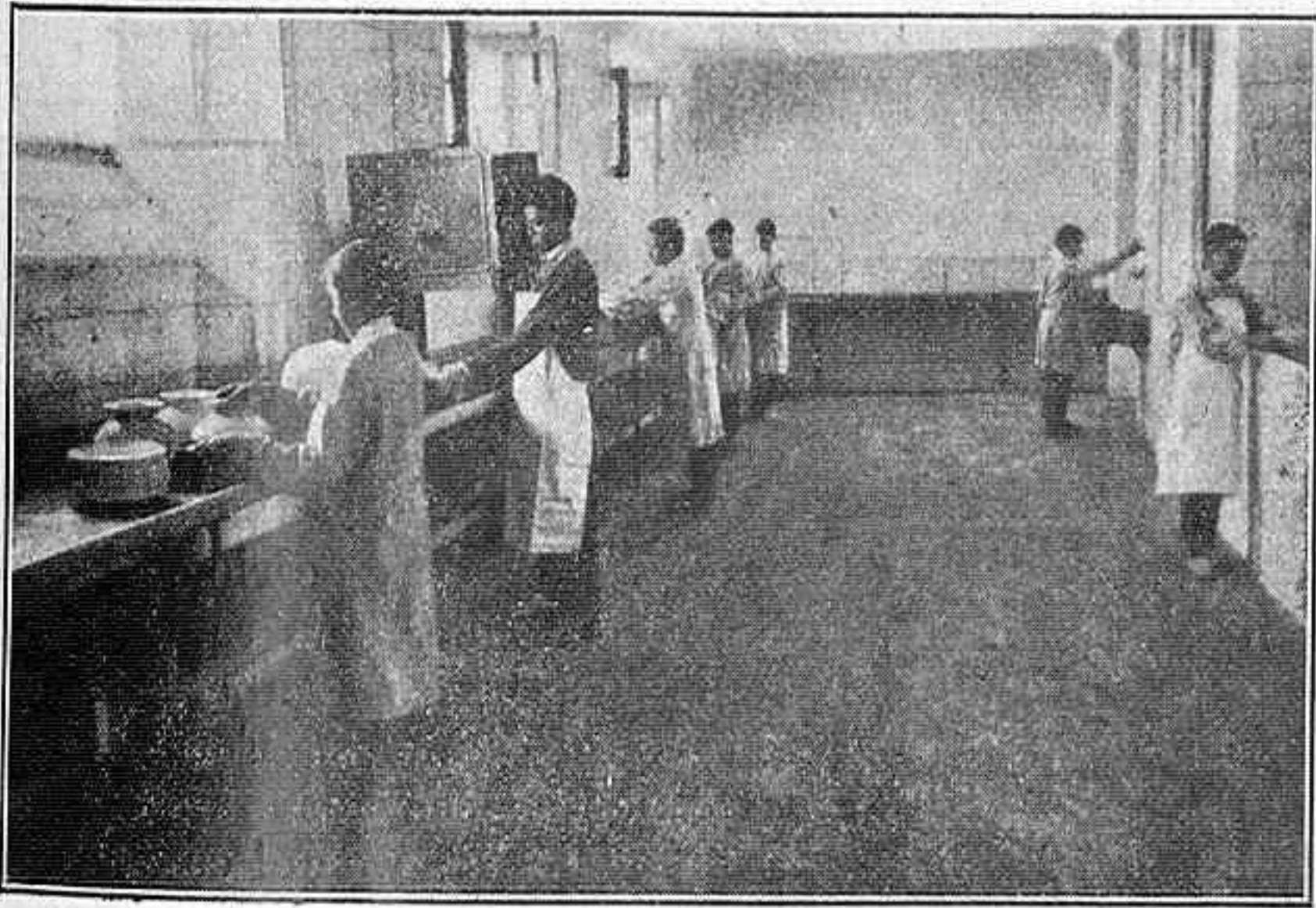
SECCION DE MISIONES

Linan, (Lugan) 25 diciembre 1923.

Amadísimo P. Desiderio Sánchez.

Esta noche he pedido por tí al Niño-Dios en la misa del *pan ye-li* o media noche y en la que han comulgado unos 190 fieles; la alegría de los cristianos por esta fiesta es también grande en China. De todas partes se descuelgan para celebrarla en el centro, único sitio donde tienen misionero; han concurrido más de 400, gran número para quien sabe las circunstancias de estos neófitos, dispersos en medio del paganismo.

Figúrate estar en ese Gijón con un pequeño grupito en el casco y los demás en las cercanías y lejanías; descuenta ahora los niños y mujeres de pies pequeños que no pueden venir y reflexiona que la festividad tiene poco atractivo para quien vive entre paganos, y verás que los 400 de asistencia a la misa del gallo no es cualquier cosa. La *lux vera quae illuminat*, la estrella de oriente se deja ver poco a poco en estas sombras de muerte.



Colegio de la Inmaculada. Nueva máquina fregadora.

Los *tenfeis* o bandidos nos traen al retortero, y es la plaga de China en los tiempos actuales. En el mes de octubre estuvimos el H. Monasterio y yo en peligro de caer en sus manos. Ya sabrás que si pueden, prenden a los europeos, los que no sueltan si no se da por ellos gruesas sumas; un día tuve yo que escapar de una cristiandad a las dos de la mañana; de 4 km. había llegado una cuadrilla aquella misma noche y al parecer venía con siniestras intenciones en nuestra

dirección y la tarde anterior y en dirección contraria pasó con gran botín otra banda. Sólo Dios vela por mí y no quiso que vinieran al pueblo. A los pocos días y cuando ya creíamos todo apaciguado, yendo yo a otros cristianos anduve por los mismos caminos que se cruzaban con otros por donde en el mismo día habían pasado otros grupos; también quiso Dios que ni siquiera me vieran.

Pero lo grave fué el día 15 de la luna octava (25 de octubre). La ciudad de Lugan que tiene más de 60.000 almas llena de miedo; los rumores eran de que aquel día que había de ser el primer eclipse de 4 días, anunciado por un profeta del demonio y por muchos creído, era señalado para el asalto y los robos e incendio y matanzas dentro de la ciudad.

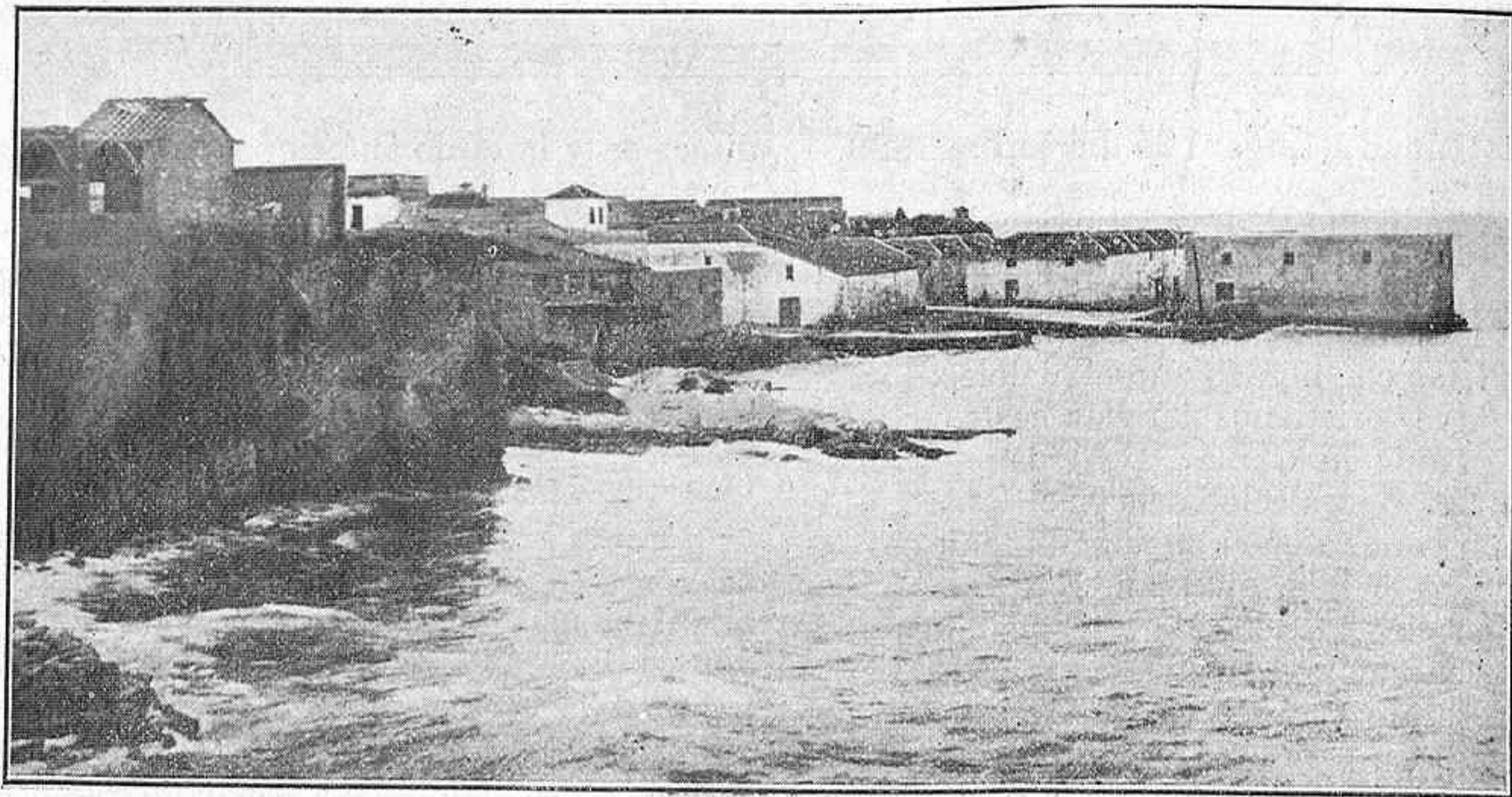
Se había prendido algunos, que con anticipación se habían colado y cierto era que se anunciaba la llegada de varios centenares de bandidos. Vd. supondrá lo que esto era, si reflexiona que el año anterior habían caído 10.000 en una noche sobre la ciudad vecina, más importante que Lugan. En el tránsito de esta casa fué entonces muerto el P. Reich, a quién así pagó China sus 25 años de misionero; su sepulcro le estoy viendo desde el aposento en que escribo.

El H. Monasterio y yo aunque tranquilos y puestos en manos de Dios, no dejamos de tomar nuestras medidas para salvar documentos y los vasos sagrados. Dios tomó la de que no pasara nada; de otro modo defensa ninguna tenemos en la ciudad. Se cortaron aquellos días 10 cabezas de reos convictos en la conspiración, lo que hizo huir a muchos. En fin que de esta pasamos, aunque no del peligro que sigue amenazando, y tal como está la cosa pública no se ve el iris de bonanza.

Mis impresiones de la temporada son de que a haber gente y medios podemos hacer mucho; la gente a la calla callando va respondiendo a la gacia de Dios, que cierto se derrama sobre estas almas silenciosa sí pero continuamente.

Suyo en el Señor.

Santiago Soria, S. J.



Vista de las costas de Siria en las cercanías de Beirut

CARTAS DE ORIENTE

CARTA SÉTIMA

Mis queridos amigos alumnos de Gijón:
 El día 28 a las 11 de la mañana salíamos del cuerno de oro, por la noche volvimos a pasar los Dardanelos y a las 10 de la mañana del día siguiente estábamos de nuevo en Esmirna. El calor era sofocante; el buque había de estarse anclado en el puerto las horas más pesadas del día y todos los viajeros ansiábamos bajar a tierra. Los turcos nos enviaron un médico para que nos examinase; decían que había peste en Constantinopla y que tal vez nosotros la traíamos; El doctor nos inspeccionó a todos ligerísimamente con sola una mirada, nos dió por sanos y se nos dice que con las condiciones de la primera vez podíamos también bajar ahora. Todos nos lanzamos a la escalera del buque y las barcas se van llenando de viajeros. Necesitábamos caminar a remo como unos diez minutos para llegar al muelle; llegan las primeras barcas, y hete aquí que la policía no deja a los viajeros ni siquiera poner pie en tierra: lo mismo nos pasa a todos y unos refunfuñando contra los turcos, otros comentando alegremente el suceso, nos volvemos al buque. Al atardecer cruzábamos por cuarta vez la hermosa bahía de Esmirna, y al poco tiempo, después de doblar el cabo Kara Bournou penetrábamos en el canal que separa a la isla de Chio del continente.

Al amanecer del día 29 saludábamos desde lejos la isla de Patmos y al medio día dábamos vista a Rodas, donde habíamos de pararnos unas cuantas horas. Los italianos dueños ahora de la isla, se portaron con nosotros como buenos amigos: sin requisito de ningún género, ni siquiera nos pidieron los pasaportes; bajamos a la histórica isla, que ofrece desde el barco un aspecto encantador.

Entramos en la ciudad por la famosa puerta de San Pablo, una de las tres que por la parte del puerto se abren en las murallas que edificaron los caballeros de San Juan. Lo más notable que hay que ver en todas es el Collachium y las fortificaciones del tiempo de los caballeros.

El Collachium era por decirlo así la ciudad de los nobles, donde están reunidos los palacios de los más famosos caballeros que allí lidiaron con los infieles. Forman aquí estas casas, bien conservadas algunas de ellas, toda una calle larga en el centro de la ciudad: sobre sus puertas se ven los escudos que recuerdan aún la patria, o como entonces se decía la lengua y nombre del caballero que la habitaba; abundan los nombres de la lengua de Castilla y de Aragón.

Junto a esta misma calle está el hospital de los caballeros, convertido hoy por los italianos en museo nacional. Es un edificio cuadrado de dos pisos con un amplio patio en el centro, de arquitectura severa; en el piso superior hay una enorme sala abovedada, donde estaban las camas de los enfermos: en el fondo de la sala llama particularmente la atención un ábside; allí había un

altar en el que se celebraba la misa que desde sus lechos podían oír todos los enfermos. Como esta sala, que hoy es la única que se conserva en su estado primitivo, había otras, divididas ahora en pequeños departamentos donde se van reuniendo y clasificando los diversos objetos que forman el museo.

Interesantes son también las enorme obras de defensa que los caballeros hicieron para defender la plaza contra los turcos. Se conservan aún bastante bien las tres murallas con sus torres y sus fosos y recorrimos gran parte de una de ellas por encima de la cual se camina como por una carretera.

También en Rodas hay un barrio de judíos españoles con algunos de los cuales conversé un rato. Tienen aquí una escuela en la que aprenden a hablar el hebreo, que, como sabéis, vuelve a ser lengua viva entre los judíos sionistas.

Por la tarde con un mar bellísimo e intensamente azul, emprendimos la ruta de Chipre, y el 31 desembarcábamos en Beirut, término de nuestro viaje, para emprender desde aquí la peregrinación de Siria.

De Beirut nos dirigimos a visitar las antiguas ciudades fenicias de Tiro y Sidón. Para mí lo más interesante de estas regiones es el haber pasado por ellas Nuestro Señor en una de sus correrías evangélicas, y que sus habitantes merecieron de boca del divino maestro más alabanzas que los de Betsaida y Cafarnaum.

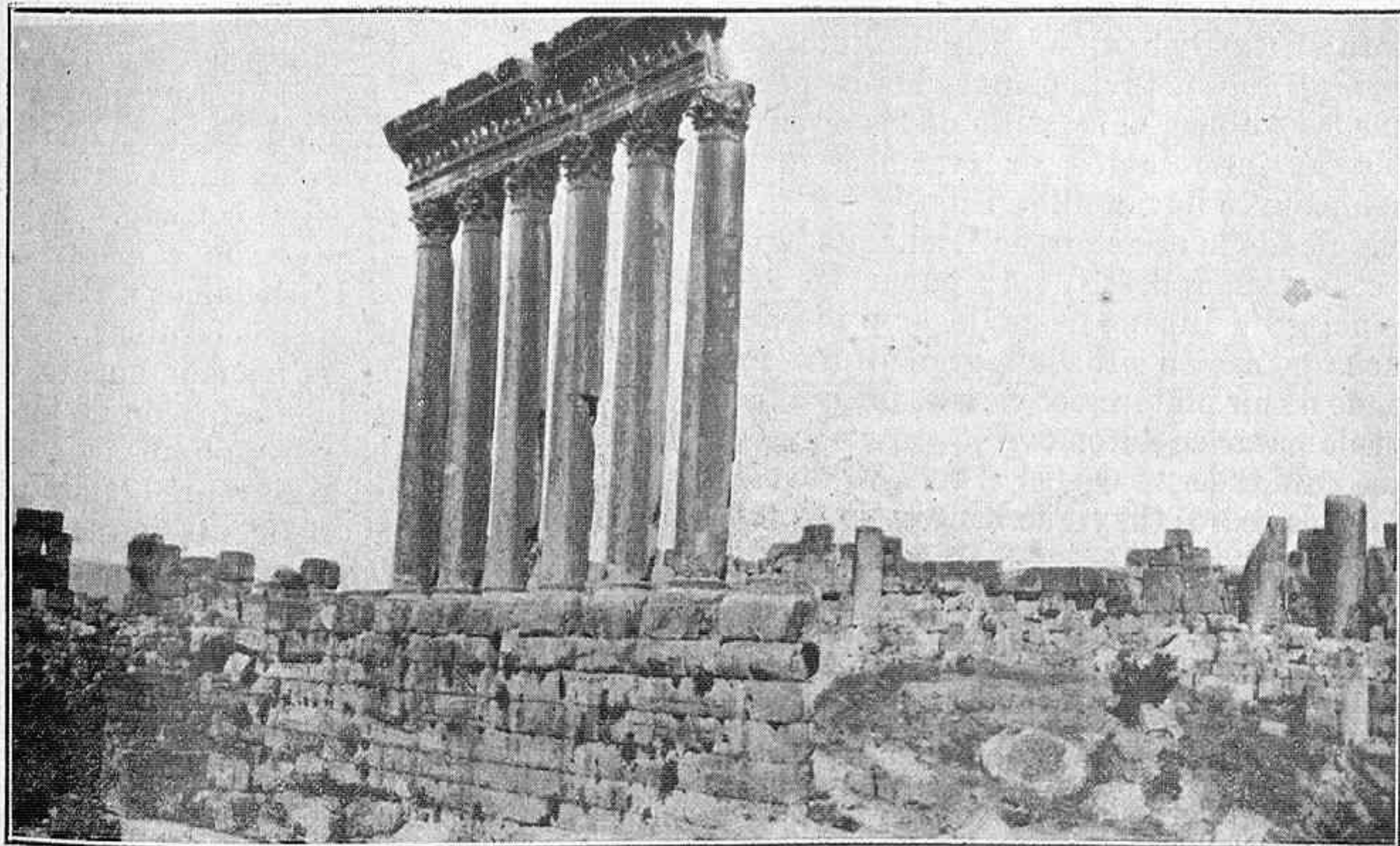
Sidón es la ciudad de carácter más oriental que he visitado; callejones inverosimilmente estrechos y cubiertos por las casas que se comunican por medio de arcos y bóvedas por los pisos superiores; jardines y patios con maravillosos surtidores y juegos de agua. Lo antiguo que aquí hay que ver es el castillo del Siglo XII, y sobre todo la necrópolis donde se han descubierto sarcófagos fenicios y griegos.

En nuestro camino de Sidón a Tiro, dejamos a nuestra izquierda la ciudad de Sarepta que nos recuerda al profeta Elías y la hermosa historia de la ciudad que le dió albergue.

Tiro es hoy una ciudad, o mejor dicho un pueblo casi insignificante: sólo la dan interés las ruinas que la rodean. En las orillas del mar y en torno de toda la población se ven tendidas por el suelo y medio enterradas gruesas columnas de granito, restos casi todas del tiempo de las cruzadas.

La antigua basílica cristiana, donde fué enterrado Orígenes fué destruída en tiempo de Diocleciano, pero sobre el mismo sitio está edificada la catedral de los cruzados que aún se conserva.

De Tiro pasando por Ras el Ain nos dirigimos a Ras en Nakurah, llamada antiguamente escala de los tirios. Es un monte cortado a pico sobre el mar en el que había una serie de peldaños hechos en la roca para ganar la cima; hoy día la dinamita ha



Baalbek (Palmira) Ruinas del templo de Júpiter heliopolitano



Cheik, beduino de la región de Palmira

abierto sobre el mismo borde del mar una magnífica carretera que pone en comunicación Siria con Palestina.

De Tiro volvimos a Beirut para emprender nuestra excursión por el norte. De camino para las cumbres del Líbano, pasamos por Nahr el'Keb o río del perro a quien han hecho célebre las estelas asirias y egipcias y las inscripciones romanas que hay en sus contornos. En Djebeil, la antigua Diblos de los griegos, nos detuvimos unas horas para visitar las ruinas del castillo de los cruzados y las interesantes excavaciones que actualmente se llevan allí a cabo.

Siguiendo la carretera de Bochum a Trípoli comenzamos desde aquí a ganar las alturas del gran Líbano hasta llegar a Pierre, pequeña población situada a gran altura en el fondo de un pintoresco valle: de aquí no se puede pasar en automóvil o carruaje: la última subida hasta Ojebel el Arz, o montaña de los cedros, hay que hacerla a caballo o en borrico.

Yo preferí uno de los últimos: los panoramas que al subir se van dominando son de los más encantadores que jamás he visto: allá a nuestros pies íbamos dejando el valle profundo y estrecho lleno de frondosa vegetación y atravesado por un torrente que va despeñándose en graciosas cataratas. Por fin llegamos al bosque de cedros a unos 1.930 metros sobre el nivel del mar; allí se respi-

ra un aire fresco y purísimo que hace olvidar las fatigas de la subida. Los cedros, colocados en una hondanada que forman las cimas de dos montes de más de 2.300 metros de altura; serán como unos 400. Hay algunos antiquísimos y de extraordinaria corpulencia: cuatro miden 15 metros de circunferencia y otro pasa de 17. Todo el bosque está cercado, y hay guardas que le custodian y prohíben severísimamente cortar ni siquiera una hoja.

De los cedros bajamos de nuevo a Trípoli para coger el tren y subir hasta el Eufrates. Nos detuvimos de paso en Homs para visitar el histórico río Orontes, y después en Alepo donde dos días más tarde habíamos de emprender por la famosa ferrovía de Bagdad el camino hasta el Eufrates. En efecto el 13 de agosto, después de atravesar llanuras inmensas, áridas y cubiertas aún de tristes restos de la guerra, llegamos a Djerablons, última estación de Siria.

Nuestro viaje tenía por único fin visitar las ruinas de Karkemich, a la orilla del Eufrates, situadas ya en territorio turco: para ello se necesitaba el permiso de la gran puerta que nos dieron sin dificultad, más un gendarme que nos sirviese de guía y nos vigilase. Gracias a Dios nuestro guía era un turcazo bonachón y desinteresado, que nos dejó en plena libertad y no quería recibir propina. Visitamos pues con toda detención las antiquísimas ruinas que nos traen a la memoria los triunfos de Nabucodonosor y las penalidades de los hebreos en el cautiverio. Después nos paseamos por la orilla del Eufrates hasta llegar al enorme puente de hierro de la ferrovía de Bagdad que los turcos y alemanes volaron en su retirada y que hasta el presente sigue cortado.

De Djerablons, volviendo a pasar por Alepo y Homs nos trasladamos a Baalbek para visitar sus estupendas ruinas. Ni la acrópolis de Atenas, ni los monumentos de Roma me han causado impresión de tanta grandeza como los bloques columnas y frisos monumentales que aquí se ven: el templo de Baco de riquísima ornamentación se conserva casi en su totalidad; la planta de la basílica de Teodosio se reconoce por el arranque de los muros y columnas; en fin los propíleos y pórticos del antiguo templo pagano son de un efecto sublime difícil de explicar.

Hasta otra que os enviaré desde Palestina; vuestro en el Señor,

Severiano del Páramo, S. J.

Una tempestad en el mar

(De la conferencia del 2 de febrero)

Un pensamiento cruza por nuestra mente, siempre que vemos salir del puerto una nave. El poeta de las tristezas Gustavo Adolfo Becker le hizo cristalizar en estas delicadas estrofas:

Los que quedan en el puerto
cuando la nave se va,
dicen al ver que se aleja:
¡quién sabe si volverá!

Y los que van en la nave
dicen mirando hacia atrás:
¡quién sabe cuando volvamos
si se habrán marchado ya!

Hemos visto partir al blanco velero, con aparejo de bergantín goleta, arrastrado hasta la mar libre por el potente remolcador, mientras los tripulantes izan el velamen, con chirrido de poleas y vibraciones de lona. Ya está lejos, fuera de puntas, ya tiene por delante la inmensidad de un mar sin obstáculos y sus velas se inflan al impulso de una brisa acariciadora. ¡*Larga remolque!* —dice el patrón del velero; y el del remolcador contesta con la frase consagrada: *buen viaje y la mar bella.*

Y el remolcador retorna a su guarida segura del puerto y el bergantín goleta escorado ligeramente, se desliza ágil sobre el lomo azulado de las olas. Permitamos a nuestra imaginación viajar a bordo del velero. Han pasado unas horas de buen tiempo, de mar rizada y de viento suave; la costa ha desaparecido a los ojos de los navegantes; el crepúsculo vespertino despliega sobre el mar su esférica penumbra; el cielo se tiñe de morado. La puesta del sol es roja como la sangre. El patrón a la vez que maneja la rueda del timón, escudriña con sus ojos transparentes las olas plumizas, el cielo morado y el horizonte rojo. Sus auxiliares, tres jóvenes tripulantes y un niño, terminan a proa la frugal y temprana cena del marino.

De tarde en tarde silba una ráfaga y el patrón frunce el ceño, mirando al sureste. Vuelven a silbar las ráfagas cada vez con más frecuencia. El patrón con esa voz opaca sin inflexiones, peculiar en las voces de mando, dice: *arria la escandalosa, riza la mayor:* orden que los marineros ágiles se apresuran a cumplir. La luz se agota por momentos y a medida que la luz se acaba, se rebustece el viento.

Ya no son ráfagas sueltas, es un silbido continuo, amenazador y medroso, y un hálito caliginoso y con fuerte olor a ozono, azota los rostros de los tripulantes. El barco se escora progresivamente. Las olas se hinchan y se encrespan, azotando con chasquidos de látigo la carena del bergantín goleta. *Arria la mayor;* vuelve a decir el patrón y las poleas gimen y la gran vela pisa la cubierta. Mientras los marineros afanosos cumplen las órdenes del jefe, el niño sube de la cámara con los faroles verde y rojo de señales. La luz difusa del crepúsculo se ha extinguido por completo, todo es oscuro en torno de la nave, sólo el farol de popa y las luces salvadoras de situación marcan débiles reflejos temblorosos sobre la mar negra.

El viento ya no silba, brama siniestramente. Otras órdenes secas dicta lacónicamente el patrón, y las velas van cayendo una a una, dejando los palos desnudos. Y el velero navegando con un sólo foque, casi a palo seco, emprende en la noche desesperada huída, perseguido por las olas. Los marineros y el niño terminadas sus momentaneas faenas, se agruparon recelosos junto a la banda, sujetándose a las cuerdas y observando al taciturno patrón, que incrustado en la rueda del gobernalle, exploraba con ojos de nictálope la móvil oscuridad rugiente. La voz seca de este dejóse oír de nuevo: «*dos hombres con ropa de aguas*». Inmediatamente se destacaron del grupo dos de los fornidos marineros; bajaron a la cámara y subieron al instante cubiertos con el típico traje de lona aceitada.

El patrón les entregó el gobierno diciéndoles: «*a la vía, sin una guiñada*». El patrón y los demás desaparecieron por la escotilla de la cámara. Las olas reventaban sobre los costados de la nave y caían en lluvia espesa y fosforescente sobre cubierta. Los balances se acentuaban, las cuadernas y la arboladura empezaban a crujir; los timoneles crispados sobre la rueda hacían esfuerzos titánicos para no ser despedidos por encima de la borda.

Dentro de la cámara el niño acurrucado en un rincón, miraba a los hombres con ojos de espanto. El marinero joven sentado con los dos codos sobre las rodillas, escondía la cara entre las manos. El patrón observaba un barómetro. Las dos manecillas dorada y azul formaban un ángulo muy abierto; la depresión señalada era formidable; el patrón daba golpecitos sobre el cristal, para observar la tendencia de la aguja móvil, pero esta se inclinaba fatalmente hacia la izquierda, hacia el mal tiempo, hacia el huracán, hacia la galerna. Ni una palabra cruzaban aquellos tres seres. ¿Para qué? Ningún con-

suelo podían darse. Sólo en la inmensidad del mar, sólo en la noche a merced de unas tablas flotantes sobre el abismo, presentían la catástrofe.

No queremos leer en sus pensamientos; los del niño fluctuarían entre el terror y el recuerdo. El frío de las olas, la oscuridad medrosa, el mar sin fondo, ese algo impreciso para los niños que es la desesperación de la vida; estos debían ser sus pensamientos, porque un temblor convulsivo, como de miedo o escalofrío agitaba su cuerpecito. Sus ojos estaban húmedos, y es porque por su frente se pasearían también otros pensamientos de recuerdo; su casita pobre, que ahora le parecía un palacio; sus hermanos pequeños, que ahora los veía tan lejos; su madre que no dormiría, esperando ansiosa que luciese el alba para buscar en el horizonte una vela, la de la esperanza, la del barco donde navegaba su hijo, que lucha con la muerte, para ganarse la vida antes de empezar a vivir.

El patrón miraba al niño con ojos de lástima. Él había dicho a su madre: yo le hare un hombre. Y su madre descansando en la lealtad y pericia de aquel bravo marino, se lo había confiado, para enseñarle demasiado pronto a escalar el empinado camino de la vida, que se sigue con tanta fatiga; para lograr un pedazo de pan, que dé vigor al cuerpo, para resistir más fatigas en la conquista siempre repetida de un nuevo pedazo de pan.

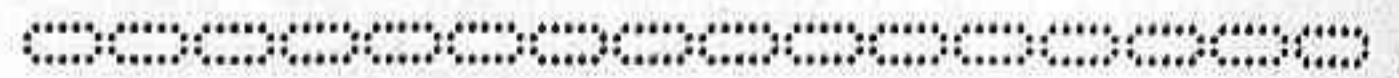
Unas voces recias y apremiantes y un ruido como de madera que rompe, procedentes de cubierta, los sacaron de su ensimismamiento. El patrón y el marinero se lanzaron a la boca escotilla. El niño se quedó llorando en la cámara. El mar insaciable y el viento enloquecido, habían llegado al paroxismo del furor. La obra muerta del velero estaba partida en largo trecho; el palo trinquete roto por su parte media, caído sobre la borda, escoraba aún más al buque, poniéndole en eminente peligro. *Hay que cortar las jarcias*; dice el patrón; y empuñando un hacha de abordaje, se lanza con el marinero a realizar la arriesgada faena, en la que se jugaban la vida por salvarla. Pican la jarcia, estando veinte veces expuestos a ser arrebatados por las olas, que barrían la cubierta; echan al agua el palo roto, y el barco aliviado de aquel peso, que le sujetaba al abismo, da un salto y se endereza, dispuesto a defenderse aún.

Pero el mar quiere víctimas y por su horrisona voz, que es la del viento, las pide y rabioso azota con creciente vigor al pobre buque viejo y cansado; y el buque como ma-

reado por tanto golpe, empieza a desobedecer al timón. Los timoneles son impotentes para guiarle; el patrón trata de ayudarlos, pero ve con espanto que el gobernalle no rige. El barco se atraviesa a la mar; en cada balance mete el costado bajo el agua y su línea de flotación desciende, porque las juntas de madera, tan castigadas, hacen agua, mucha agua.

¡A la bomba! grita el patrón y con la fuerza de la desesperación aquellos achican sin cesar, ateridos de frío, calados hasta los huesos, pero observan desalentados que entra más agua que sale, y que el barco sigue hundiéndose y que en cada balance se queda cada vez más dormido sobre las olas. Y la visión del no ser pasa ante sus ojos, convirtiéndolos en autómatas sin espíritu, que siguen manejando las palancas de la bomba, sin darse cuenta de lo que hacen.

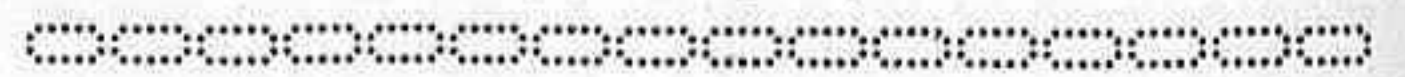
El mar no los perdona. Se ceba en sus víctimas, se ensaña en ellas, enviándolas golpe tras golpe formidables, que trasladan a aquellos hombres desde el mutismo inconsciente hasta el delirio del pánico.



«EL SIGLO XX»

BAZAR de confecciones para hombre y niño; casa especial en trajes, gabardinas, impermeables, camisas, medias Sport, y otros artículos para colegiales.—**SASTRERIA** con famoso cortador, etc.. etc.

San Bernardo, 45.—Teléfono, 305 — GIJÓN

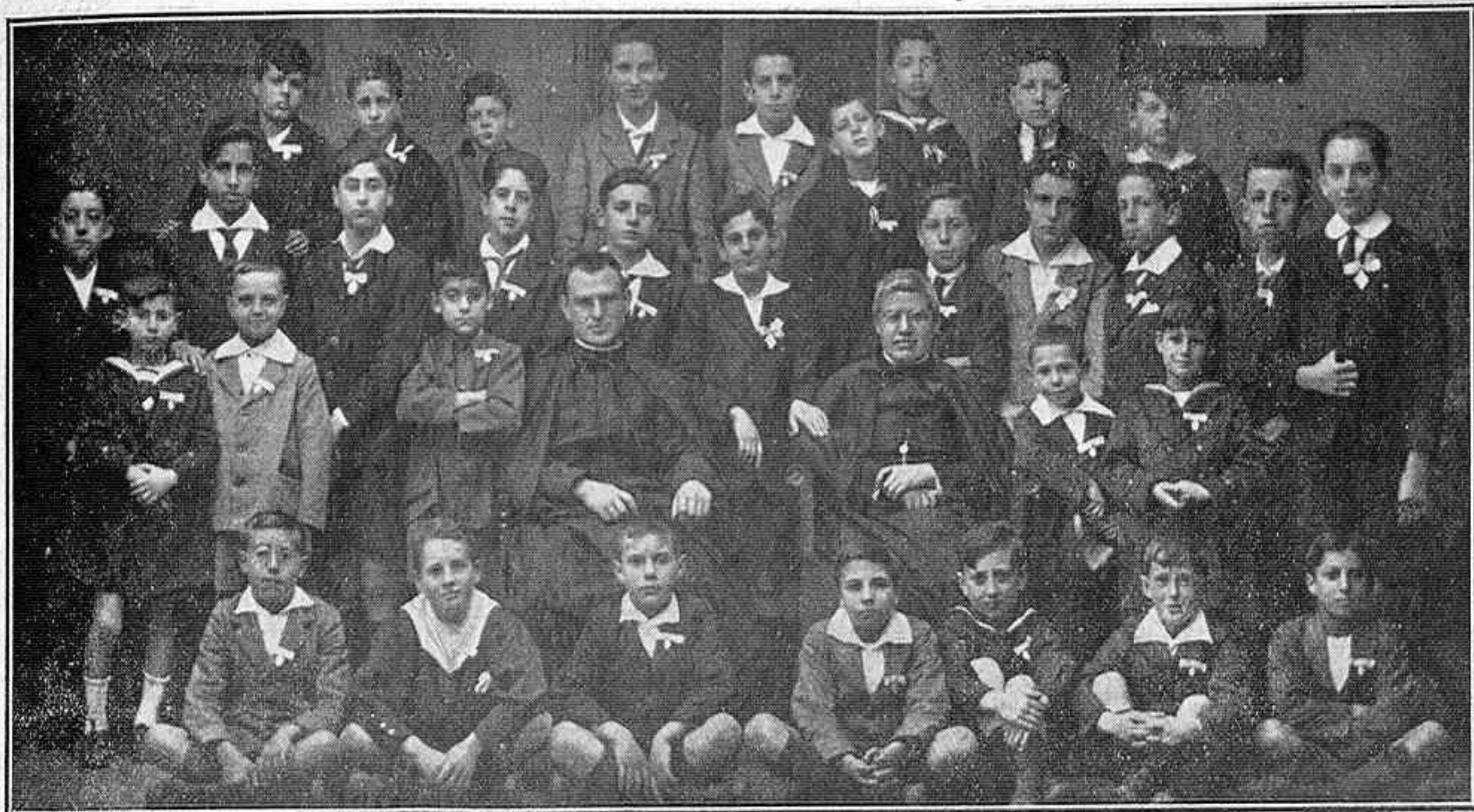


Una voz ronca dice: *al bote*: y como si aquella diminuta embarcación pudiera defenderlos de lo que no los había defendido la embarcación grande, se lanzan al aparejo de suspensión y colocan con mil trabajos el bote al costado y se embarcan, olvidándose del pobre niño y el bote al tocar el agua recibe un furioso embate, que le hace añicos contra el casco del velero y los hombres nadan desesperadamente, para ir desapareciendo uno a uno, atraídos por el tentáculo del abismo. El velero nada entre dos aguas. De vez en cuando en las pausas que dejan los mugidos del viento, se oye un lamento infantil, una voz de niño, que dice en un sollozo *¡ay madre!*

El sollozo es cada vez más debil y más angustioso. El sollozo ya no se oye. El velero ya no nada entre dos aguas. Un gran remolino señala la puerta de su tumba. El bergantín goleta ha desaparecido para siempre en el fondo del mar.

Romualdo Alvargonzález

Antiguo alumno



Coruña.—La Sección de Misiones de la Congregación Mariana con su P. Director

Sección de Misiones en la Congregación de San Estanislao (Coruña)

—Hola, Luisito; qué me cuentas de la sección de misiones, establecida en la congregación de San Estanislao de Coruña? He oído de ella grandes alabanzas y en diferentes números de «El Siglo de las Misiones» he visto las limosnas que ha enviado a los PP. misioneros de infieles.

—¿Y qué quieres, Pepe, que te diga sobre el particular?

—Pues algunos datos concretos sobre su origen y desarrollo y cómo llegó al florecimiento que obtuvo.

—Ciñéndome nada más que al tiempo en que estuvo al frente de la congregación el P. Barbero, me parece que podré satisfacer tu curiosidad, pues por el cargo que entonces desempeñaba, estaba en todos los secretos de la flamante sección de misiones. Se estableció esta sección en el curso de 1920-1921, y este primer período le podemos llamar de tanteo. Con ser los estanislaios cerca de 300 no pertenecieron a la sección de misiones durante el primer año más que 32. Lo escaso de las limosnas y donativos corrió parejas con lo reducido del número de socios, pues no se reunieron más que 92 pesetas.

El segundo curso de 1921-1922 después de haber hecho una activa campaña en favor de las misiones, nuestro celoso director consiguió que nos apuntáramos como socios

activos de la sección hasta 112, es decir bastantes más que los de las otras secciones de misa diaria, rosario y catecismo diario, comunión semanal etc. Para la mejor organización y funcionamiento nos dividió en 7 coros, poniendo un jefe al frente de cada coro.

Las obligaciones de aquellos misioneros en ciernes eran muy sencillas y fáciles de cumplir. Todos nos comprometíamos a ofrecer por los misioneros de infieles una comunión semanal. La cuota mínima señalada era tan solo de 0,10 pesetas al mes, cuota que por su insignificancia se hallaba al alcance de todas las fortunas.

Fíjate ahora en los alicientes y premios que teníamos para cumplir mejor con estas dos sencillísimas obligaciones. Por el mero hecho de ser socio de esta sección podíamos siempre leer los libros más interesantes de la biblioteca, tomar parte en los partidos de fútbol, ir con frecuencia de excursión con el P. Director durante las vacaciones. Teníamos además nuestra junta mensual todos los cuartos domingos. En ella se leía en público lo que cada socio había dado aquel mes para las misiones y el P. Director estimulaba la generosidad de todos con premios.

El primer premio ya se sabía que iba a parar a manos del más generoso; el segundo le rifaba entre los socios del coro que

más pesetas había reunido, y otros cuatro o seis los rifaba entre todos. De vez en cuando además de los premios ordinarios, había otro extraordinario para los que durante el mes hubieran dado como mínimo 5 pesetas. Con esto la emulación era grande, lo mismo entre los congregantes que entre los diversos coros, para ver quién reunía durante el mes más limosna para las misiones.

Pero cuando la sección de misiones alcanzó mayor florecimiento fué el curso de 1922-1923, último en que tuvimos de director al P. Barbero. Los socios llegaron a 130, divididos en 8 coros.

Era de ver la formalidad con que los jefes repartían los recibos entre los congregantes de sus coros respectivos. Allí constaba la cuota voluntaria que cada cual había dado, con la calificación correspondiente de *generoso, espléndido, etc.*, según fuese la calidad de la limosna ofrecida.

¡Y a qué ratos tan edificantes daba lugar el entusiasmo por las misiones! Me acuerdo en este momento de dos hermanitos, simpáticos y vivos como ellos solos, los cuales todos los días sin falta al venir a la residencia para asistir al rosario y catecismo, me entregaban los 15 o 20 céntimos que les daba su madre para dulces. Y era tan grande el afán que tenían por la misa diaria, que para no faltar a esta distribución se acostaban vestidos no pocas veces.

Otra cosa notable pudimos todos ver con nuestros propios ojos y fué que cuanto más generoso era el P. Director en premios a los congregantes, más y más generosos eran éstos en dar para las misiones. Hubo quienes en el último año llegaron a dar 50, 60 y hasta 70 pesetas para chinitos.

—¿Y quiénes fueron los misioneros de infieles más agraciados con los donativos de los estanislaos de la Coruña?

—Los PP. Luis Herrera y José González Olmedo. Solo a éste último le enviamos en metálico 1.380 pesetas. Durante los dos últimos años, que tuvimos de director al P. Barbero, se respiraba en la congregación de estanislaos coruñeses una ambición, un ambiente misional. En el patio, en el salón, en la iglesia, en todas partes aprovechaba nuestro celoso y recordado director cuantas ocasiones se le ofrecían para hablarnos de las misiones y del bien que les hacíamos con nuestras oraciones y limosnas.

Estábamos en comunicación directa con algunos misioneros, cuyas cartas nos leía y

comentaba en público el P. Director. De vez en cuando escogía por tema y asunto de sus pláticas las misiones entre infieles y sobre tan interesante materia nos estaba hablando por espacio de una semana a chicos y grandes en la iglesia después del rosario. Con cuánto gusto nos leía las cartas de los misioneros en las que salían a relucir nuestros nombres, escritos con cariño y agradecimiento allá en China y en las Carolinas; había que ver lo huecos y ufanos que nos poníamos. ¡Y cómo nos animábamos entonces a seguir siendo generosos con Jesucristo, y para el mundo infiel le conozca.

Si en todas las congregaciones marianas reinara por las misiones aquel celo que logró despertar en la nuestra nuestro inolvidable P. Barbero, cuántas lágrimas se enjugarían, cuántas escuelas podrían construir y sustentar nuestros infatigables misioneros.

Para terminar pondré a continuación las limosnas entregadas por los congregantes de San Estanislao de Coruña para las misiones de infieles.

Curso 1920-1921	92,00 ptas.
» 1921-1922	544,50 »
» 1922-1923	1.330,00 »

F. P., congregante de Coruña.

CATARROSOS, ALERTA



Las variaciones bruscas de temperatura son vuestro enemigo mortal. Los PELLETS del Dr. MACKENZY vuestro mejor y más seguro defensor. Tomando PELLETS a los primeros síntomas de resfriado o catarro nunca seguirá adelante. A las pocas tomas de PELLETS se nota alivio; cesa el estornudeo, el lagrimeo, la destilación mucosa, los escalofríos, el estado febril, y el malestar. Los PELLETS curan los resfriados o catarros sin necesidad de hacer cama y sin tener que abandonar el trabajo diario. Curan pronto y bien. Pesetas 2 la caja en todas las farmacias.

Agente Exclusivo:

Frans Janssens. -- Barcelona

EL LORO Y EL MICO

Ejercicio de declamación y mímica para los académicos

del P. Barbero.

Un señor de Puerto Rico
en el balcón tenía un loro
de rica pluma y buen pico;
loro que era un gran tesoro
por lo loco y por lo rico.

Un vecino suyo moro
de Tetuán recibió un mico;
amarró su mico el moro
al balcón, quedando el loro
aunque alto, cerca del mico.

Pero tanto charla el loro,
que un día se enoja el mico;
y con pujanza de toro
le embiste, se esquivo el loro,
rompe la cadena el mico;

salta a la jaula del loro,
sale el loro, pica a mico,
chilla el mico, charla el loro,
y al barullo sale el moro
y el señor de Puerto Rico.

«¿Por qué no encierra su loro?»
«¿por qué no amarra su mico?»
exclaman los dos a coro,
el uno corriendo al loro,
tirando el otro del mico.

Cae el mico sobre el loro,
el loro le clava el pico,
muestra los dientes el mico,
y muerde furioso al moro
y al señor de Puerto Rico.

Este reniega del loro,
jurando matar al mico;
mientras iracundo el moro
provoca al amo del loro
y arremete a loro y mico.

Arriba se escapa el loro;
abajo se escurre el mico,
y con mengua del decoro
agarrados quedan moro
y señor de Puerto Rico.

«Ay moro si pierdo el loro;»
le dice el de Puerto Rico;
y replica a un tiempo el moro:
«pagarás bien caro el loro,
cristiano, si pierdo el mico.»

Luego arriba charla el loro,
ni se sabe si es su pico
el que habla o si es el moro;
muecas abajo hace el mico,
y se ignora si es loro
o el señor de Puerto Rico.

El fandango crece; el loro
vuela y cae sobre el mico;
y brama el de Puerto Rico,
viendo en peligro su loro
nuevamente sobre el mico,

Logra al fin le suelte el moro,
y entra.... y tira un tire al mico
pero yerra.... y mata al loro
se desmaya. .. lo ve el moro
y escapa a buscar el mico.

Vuelve, trayéndose el moro
al loro muerto y al mico;
auxilia al de Puerto Rico
y después le manda el loro
con una carta en el pico.

que dice: «seis onzas de oro
por atentar contra un mico,
cristiano, te exige el moro;
guarda disecado el loro
y paga al punto ese pico.»

Amostázase el del loro,
se tira encima del mico....
y van loro, mico y moro
en un fardo a Puerto Rico,

(Original catalán de Federico Soler, traducido
por J. M. Arbolea).



Un bohemio se presenta en casa de un rico ban-
quero y pregunta al criado que abre la puerta:

—¿Está el señor?
—Sí, pero no recibe.
—No importa. ¡Con tal que dé!

Un sujeto presenta en una tertulia un amigo
al dueño de la casa.

—El Sr. Untal, veterinario.
—Dispense Ud. rectificó el otro. Soy doctor en
medicina. Mi amigo me llama veterinario porque
le he curado.

—Mozo, esta carne es de liebre o de caballo?
—No lo distingue el señor por el gusto?
—No señor.
—Pues entonces ¿qué más le dá una cosa que
otra?

—Eres un mal estudiante, no aprendes nada.
¿No te da vergüenza que tu primo sepa más que
tú siendo más pequeño?

—Pero madre, si él es bizco.
—¿Qué tiene que ver eso?
—Mucho, que lee dos páginas a la vez.

¿Pl colmo de un automóvil en día de lluvia?
—Pararse en seco.

—¿Y el de un salchichero?
—Hacer de tripas corazón.

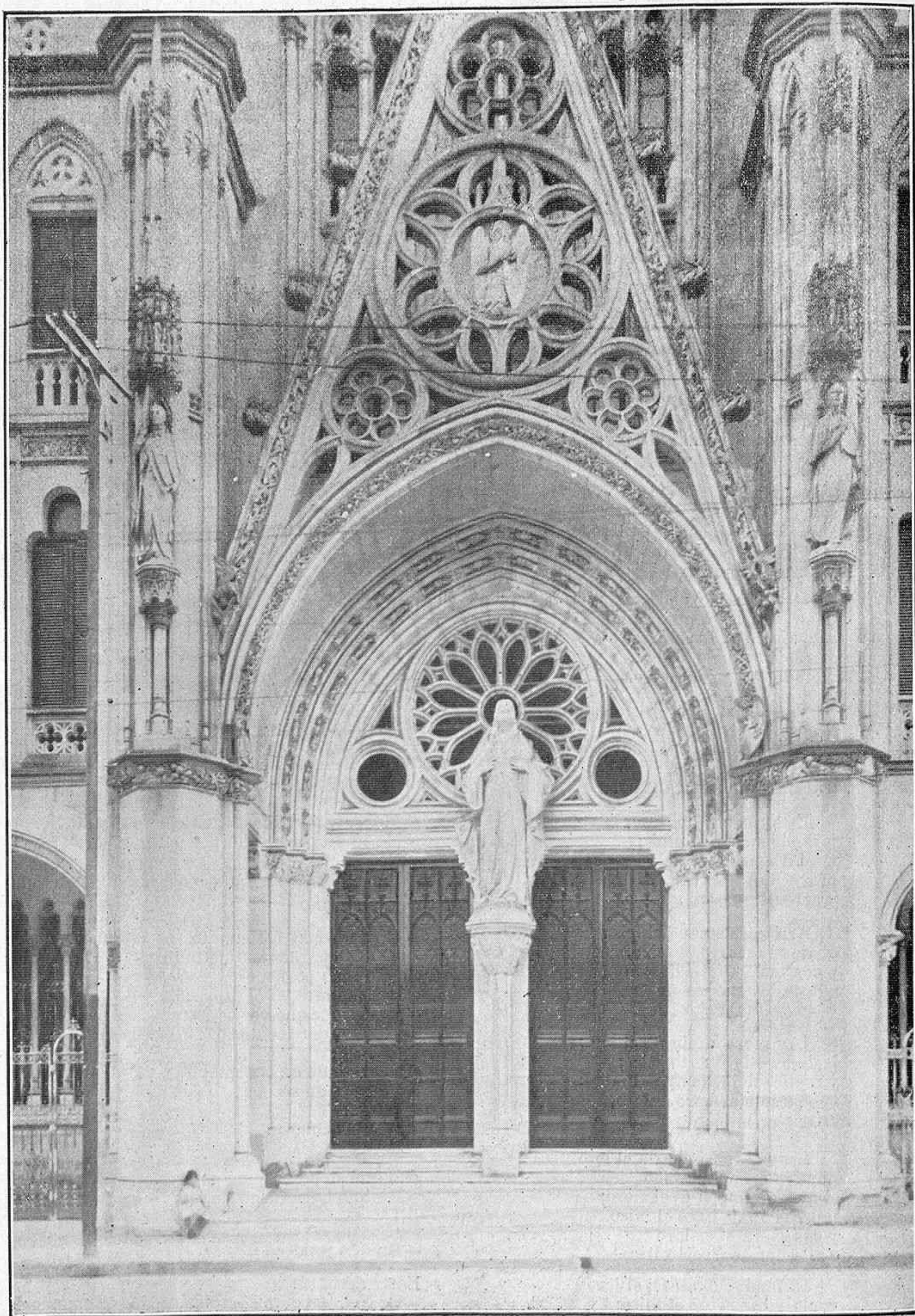
¿En qué se parece una cocinera a un volcán?
—En que hace fuego y lava.

—¿En qué se parece un dinamo al aguardiente?
—En que produce hispas.

Entre artistas:

—Cuando mi padre trabaja, todo el mundo se
queda con la boca abierta.

—¿De veras? ¿pues qué oficio tiene tu padre?
—Dentista.



Habana. — Puerta Principal de la iglesia del Sagrado Corazón, construida por el P. H. Luis Gogorza, S. J.

La nueva Iglesia de la Compañía de Jesús en la Habana

I.

Uno de los primeros edificios, sino el primero, que divisa el ojo ansioso del viajero con rumbo a la Habana al acercarse a su magnífico puerto, es sin duda ninguna la hermosísima y esbelta torre que corona la monumental iglesia que hace poco se inauguró en la capital de Cuba en honor del Sagrado Corazón de Jesús. Construcciones de mayor cuerpo sí las hay, pero otra que la iguale en altura y esbeltez, creo que no. Mirad esa torre airosa que se asemeja a las muchas que de igual estilo posee España. Mide 77 metros. Divísase desde cualquier punto de la Habana, pues descuella por encima de todos sus hogares, torrecillas y chimeneas, como diciendo: «Dios a quien pertenece la casa que señalo, es el primero que debe reconocerse en toda la ciudad».

Se adivina el panorama espléndido que desde esa elevación ha de contemplarse. Enfrente, dominando las casas que la separan de él, el mar, una gran extensión de mar, y la entrada al puerto; y casi a la continua ese entrar y salir de embarcaciones que a él afluyen de todos los países del mundo. Por uno y otro lado la gran superficie de la ciudad de la Habana con sus blancos edificios, con sus azoteas, con las chimeneas de sus múltiples fábricas. Más allá del puerto, Regla y Guanabacoa, y por el lado opuesto Marianao y los hermosos repartos con sus bien cuidadas avenidas por las que continuamente se ve correr toda clase de vehículos de vuelta y en dirección a la playa. Y más allá aún la manigua que se confunde con el horizonte. Espectáculo y panorama como el que se divisa desde esta torre no se puede contemplar desde ningún sitio de la Habana, a confesión de cuantos se han atrevido a escalar sin perder la serenidad necesaria sus últimos y bien asegurados peldaños.

La torre, que remata en una cruz de bronce de cuatro metros, es octogonal y se terminó el 3 de Mayo de 1917. Sus cuatro lados y los capiteles están adornados con multitud de figuras y escudos. Allí se ven los escudos del Papa reinante entonces, el del Sr. Obispo de la Habana, el de la Compañía de Jesús, el de España y el de la Ciudad de la Habana sostenido por una águila. Hay además grupos que representan varias

virtudes teologales, y hasta juegos deportivos sin que falten aun cuadros alusivos a la guerra mundial en cuyo tiempo se estaba construyendo.

Si desde la acera opuesta a la de la iglesia bajamos la vista de la torre a la base, nos llamará en seguida la atención la obra maravillosa que contemplamos. Lo que pudiéramos llamar fachada de la iglesia es una maravilla de arte. Entre los diversos contrafuertes, pináculos y gabletes, coronando varios capiteles y cubriendo un buen número de nichos, se ven multitud de estatuas y escenas preciosísimas. Descuella entre ellas la de la Inmaculada de tres metros de altura que parece está sostenida en el aire. En el centro del tímpano se destaca el ángel tutelar de la Compañía, y más abajo, a uno y otro lado dos hermosas estatuas, una de San Ignacio con su bandera de la Compañía, y otra de San Francisco Javier.

En el ajimez de la portada del vestíbulo va una preciosa estatua del Corazón de Jesús, y como haciendo corte al Redentor se pueden contar más de 30 estatuitas, que representan a San Pedro, San Pablo, y varios Santos de la Compañía, San Pedro Claver, San Alfonso Rodríguez, San Francisco de Borja, San Francisco de Jerónimo, etc. Todas estas estatuas son de piedra, y la empleada en ellas y en la construcción de la Iglesia ha sido extraída de unas canteras de la provincia de Pinar del Rio.

Henos ya en el vestíbulo que da acceso por un lado a la Residencia de los Padres, que se extiende a ambos lados de la Iglesia y tiene cuatro pisos con más de 20 habitaciones cómodas y siempre con buena brisa; y por el otro al salón de las Congregaciones y un patio-corredor que conduce a la sacristía.

La gran entrada del centro cubierta en parte por una hermosa cancela es la de la magnífica iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, «la basílica de los jesuitas», como se la llama vulgarmente en la Habana. El aspecto que presenta este templo a primera vista es por extrema grandioso, imposible describirle detalladamente, pues ocuparía muchas páginas. Júzguese de su magnitud por las dimensiones que tiene. Su longitud sin contar el vestíbulo es de 50 metros. Su anchura la componen tres espaciosas naves,

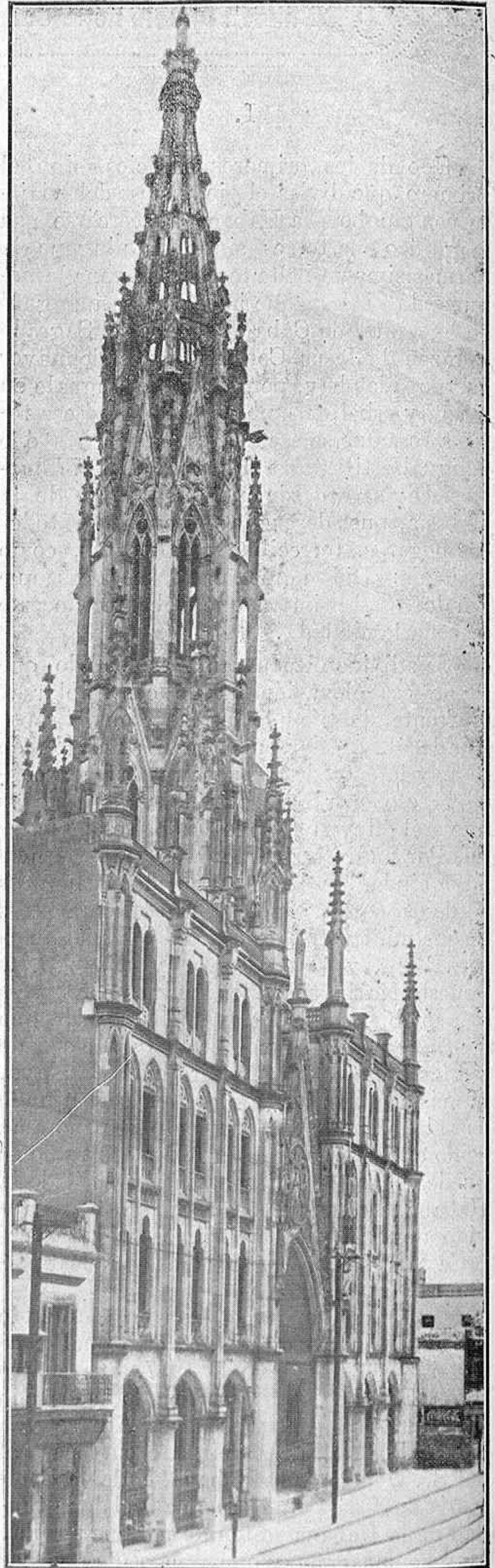
la central de 10 metros y las dos laterales de 7 metros cada una. Finalmente, la altura de la nave mayor es de 22 metros y 11 la de las laterales. La extensión superficial de toda la iglesia es 1.300 metros.

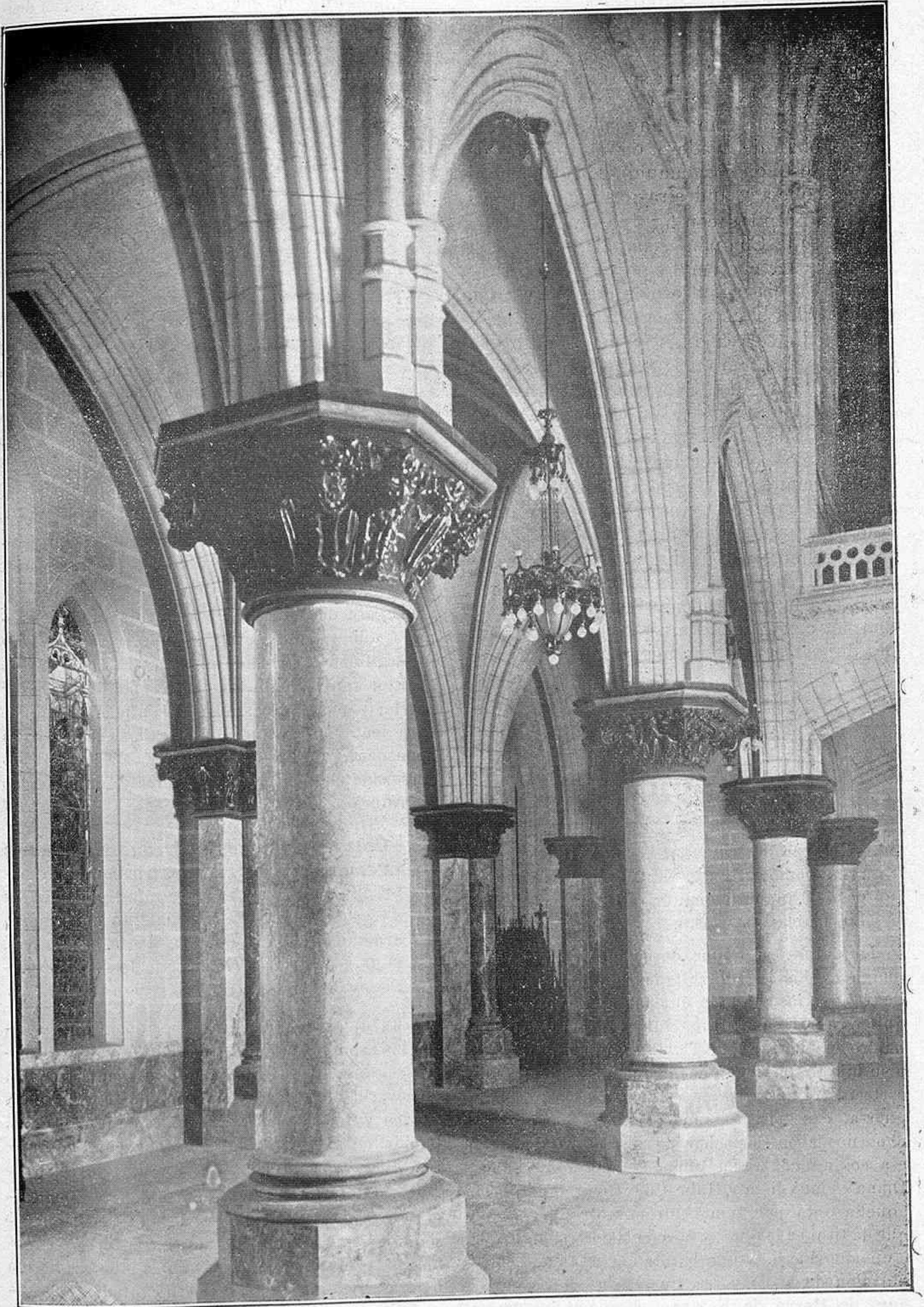
Los 8 ventanales que recorren las naves laterales de la parte baja y los 21 de la alta con sus cristales de colores son de lo más admirable. Adivínesse su grandiosidad. Cada una de esas ventanas en su parte más alta mide 9 metros y medio, siendo su anchura de 4 y medio. Las ventanas del prebisterio son naturalmente más estrechas. La superficie total de dichas ventanas es de 600 metros, con lo que se deja comprender lo iluminada y fresca que será la Iglesia. Esto sin embargo constituye a juicio de algunos, cierto peligro para el día en que venga sobre la Habana uno de esos ciclones que siembran la destrucción por todas partes. Témesse que sufra mucho la cristalería de la iglesia. Se espera con todo que resista los mayores vendavales.

El estilo de la iglesia es gótico ojival: tiene las tres naves de que hemos hablado, crucero, altar mayor y dos capillas laterales. Las doce columnas monocilíndricas y de reducido diámetro con sus remates de bronce cuajados de figuras al relieve, son la admiración de cuantos las contemplan. Las bóvedas y las claves que en ellas hay, son dignas de estudio especial. Tanto las de encima del altar mayor que representa la coronación de la Virgen, como la del centro con cinco claves y las de los cruceros que simbolizan diversas escenas de la vida de Jesucristo, de San Ignacio y otros Santos de la Compañía, son de un trabajo esmerado y de un gusto exquisito.

Todas las cornisas de la iglesia están trabajadas con primor, a lo largo de las naves laterales se ven diversos escudos relacionados con la heráldica de la Compañía. Los capiteles interiores están llenos de escenas, bíblicas unas, otras históricas, en su mayor parte referentes a la Compañía de Jesús. Jesús en medio de los doctores, varias parábolas y milagros del Señor, el buen samaritano, Jesús predicando en el monte, Jesús concediendo a San Pedro el primado de la Iglesia, etc.; la primera comunión de San Luis y de San Estanislao, alusión a la meditación de las dos banderas, y otras varias escenas forman un conjunto admirable.

El pavimento de toda la Iglesia es de mosaico romano. El paso central semeja una riquísima alfombra con varios emblemas en





Habana.—La iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, vista desde el altar mayor.

ella primorosamente dibujados.

La descripción del retablo del altar mayor, obra del insigne asturiano el sacerdote D. Félix Granda, y una sucinta idea de las ventanas y del órgano merecen artículo aparte. Para terminar hoy sólo añadiremos que la obra de madera en el interior del templo está en consonancia con la magnificencia que a grandes rasgos hemos descrito. Los púlpitos con figuras de Angeles y Santos de la Compañía en relieve, los confesionarios sumamente cómodos y artísticos, un Via-Crucis primoroso de madera y pasta especial, los bancos de caoba con barniz muñeca, todo corresponde a la grandiosidad del magnífico templo que ideó y llevó a cabo para honra del Sacratísimo Corazón de Jesús un humilde Coadjutor de la Compañía de Jesús, el Hermano Luis Gogorza, ayudado no poco en los últimos años por otro Hermano en religión, Tomás Cincunegui. El mismo Divino Corazón premiará a ellos y a las personas que con largueza y generosidad dignas del mayor encomio contribuyeron con sus abundantes limosnas a la construcción de este espléndido templo, con tenerlos muy cabe sí en el templo imperecedero e inmortal de la gloria.

V. Arenas, S. J.

BIBLIOGRAFÍA

60.—**Colección Princesa.** Tomo VIII. **Rosa Perrín**, por Alice Pujó.—Traducción de José Pujó.—E. Subirana editor.—Barcelona, 1923.—En rústica 4 pesetas.

La autora es mujer de imaginación fértil y amiga de plantear dificultades para darse el gusto de resolverlas. Un tío el general de Antivy, que quiere casar a su sobrino, Hubert de Luvigny; una madre la marquesa de Trivieres, que quiere casar a su hija Diana, idean hacer que ambos jóvenes se earten. Adviértase que estamos en los días de la guerra, con heridos, madrinas, etc. Los muchachos no deben sospechar siquiera la existencia de esa conjura contra su independencia solteril. Pero Diana es muy lista y Hubert sumamente perezoso; aquella opta por tomar un nombre supuesto, el que dá título a la obra, y él cede la correspondencia a un compañero. Así desbaratan la estudiada combinación de sus mayores, puesto que es el compañero de Hervé de Kérvan el que al fin toma a Diana por esposa.

Claro está que el asunto está tratado con delicadeza, como en todas las novelas de la colección; pero el argumento principal es bastante fútil, y por tanto, aunque su lectura no sea perjudicial, tampoco servirá de mucho provecho. Es uno de tantos libros con que matar el tiempo.

61.—**Colección Princesa.** Tomo IX. **Amor es vida**, por Matilde Alanic.—Traducción de la 15ª edición francesa por Juan Laguía Lliteras.—E. Subirana, Barcelona, 1924.—Precio en rústica, 4 pesetas.

Tres idilios se entrecruzan delicadamente en ésta novela, en la que no falta su poquito de drama, un crimen de los *punzadores*, misteriosos asesinos, que se dedican a agredir con agujas o punzones mortales a los señalados que pasan al lado. Pero por fin el asesino, una joven espía alemana, de alma negra se toma la justicia por su mano, suicidándose al verse perdida.

Aunque la trama es algo inverosímil, no puede dejarse de reconocer que el análisis de las almas está muy bien hecho y que los retratos de los personajes, todos de nuestros días, pero franceses, están arrancados de la realidad.

Dígase de esta novela lo que dejamos consignado sobre la otra, a la que se parece en lo ligero del argumento, trama de amores, y también en que el autor aprovecha buenamente la ocasión de hacer patria; por eso ambas novelas son más apropiadas para lectores franceses que para los españoles. Es de esperar que la colección vuelva a la tradición empezada con Anita para mayores y con el Rey de los Andes para menores.

62.—**Colección de tres padrenuestros, nueve avemarías y tres gloriapátris con texto castellano y catalán para coro de fiples a una y a dos voces y acompañamiento de órgano o armonio.**—Por José María Peris, Presbítero, O. D.—Colegio de V. E. de San José, Tortosa.—Precio 3 pesetas.

«Es digno de aplauso el respeto con que se tratan las sagradas palabras del padrenuestro, avemaría y gloria. Los recursos de una técnica segura, de severidad casi alemana, aprendida con maestros graves y timoratos, sirven a una inspiración pura, bebida en las fuentes gregorianas, como lo encarece el Motu proprio.

Sobre una armonización ceñida, rica en movimiento y en imitación, se destacan las melodías sencillas, humildes, respetuosas, como las gregorianas, con texto. Se que esas flores místicas no son para los gustos estragados; pero cantadas con preparación, esmero y piedad, las gustarán los ángeles y las almas buenas.»—*Francisco Esteve, Presbítero.*